

Señor Consiliario, cofrades de la Merced, señor presidente y junta de gobierno de la Agrupación de Cofradías, cofrades de Córdoba y amigos:

buenas noches. Como bien dice Manolo, el presentador de este pregonero, de quien agradezco estas palabras tan excesivamente halagadoras hacia mí, mi entrada en la hermandad de la Merced fue absolutamente casual. Hace ya quince años. Yo era sólo un chiquillo y tenía las inquietudes propias de mi edad, inquietudes tan superficiales como son la música y el fútbol, y a ellas les dedicaba el poco tiempo libre que los estudios me dejaban. Tengo que confesar que me apasionaban tanto que no pensé jamás que hubiera un mundo ajeno al futbol y a la música. Tal vez por eso, la figura de María, de la Virgen María, con todo lo que Ella supone, era absolutamente desconocida para mí. Pero llegó aquel día, hace ya casi quince años...

Las cosas de la vida hicieron que mis padres tuvieran que cambiar de casa; después de mucho buscar, quiso el destino que fuera aquí donde la encontrarán. Descubrí aquí tantas cosas que siempre he creído que fue una suerte llegar a vivir aquí, en Carlos III.

Era poco antes de Semana Santa, los primeros días de estar aquí se me hicieron muy duros, yo soy muy introvertido y siempre me ha costado encontrar amigos. Yo me aburría, porque además los pocos que aquí encontré no jugaban al futbol, no hacían más que limpiar candelabros y buscar por el campo romero y yo no sé qué flores, y repartir túnicas y dejar como nuevo el estandarte y el libro de reglas y rezar, rezar pidiendo al cielo que no lloviera. Yo me quedaba sólo... Así que me vine aquí, a la hermandad, pero he de reconocer que lo hice resignado, intentando escapar de mi aburrimiento. Si por algo amaba el futbol era por lo que éste tiene de trabajo en grupo, por lo que tienen de lucha en equipo para conseguir una meta en común. Y yo, que siempre he sido un enamorado de la camaradería, de la amistad, de la unidad de fuerzas para lograr un mismo fin, encontré aquí mi paraíso. Aquí además, ese esfuerzo y esa unión se potenciaban amparados por el amor. El Amor de María, el amor a la Virgen de la Merced. Cuando me encontré con Ella, yo no sé lo que vi, yo no sé lo que sentí. Ni siquiera sé si vi o sentí algo. Solo sé que la reconocí y que me encontré a mi mismo en sus manos y en sus lágrimas y que me postré ante Ella por primera vez.

Señora, ¿qué me has dado?

Señora ¿qué me has hecho

que has enredado mi pensamiento?

Qué es lo que ha pasado en mi garganta

que al mirarte a los ojos se atraganta,

y se me queda muda y sin aliento.

Hay algo en tu mirada que encadena,

porque me has embrujado

y no me dado ni cuenta.

¿Por qué mi corazón se desespera

y necesita tanto tu sonrisa?

Te has adueñado de mí de tal manera,

que siempre tengo prisa

por estar a tu vera.

Mi rumbo es tu Norte,

perseguir tus pasos,

soñar con tu nombre,

como sueña un hombre

cuando quiere tanto...

Y yo también limpié y disfrute buscando flores y recé. Juntos hicimos todo. Tan unidos que no había cosa que hacer para la que no hubiera veinte manos dispuestas. Y me llené de Ella de tal forma que me sorprendía no haber llegado antes a sus brazos.

Y el Lunes, aquel Lunes Santo, me vestí una casulla y tomé una bocina y paseé con Ella por mi tierra.

Tanto, la quise tanto que si alguien la nombraba me robaba un poquito de su nombre y mi locura era deshacer las murallas y pintar las paredes y no dejar ni un pozo donde yo me asomara para decir su nombre, ni montaña de piedra donde yo no gritara su nombre para enseñar al eco a pronunciarlo. La quise tanto, tanto que mi locura era enseñar a las aves a cantarlo, enseñar a los peces a beberlo. Enseñar a los hombres que no hay nada como volverse loco y repetir su nombre. Saludar con su nombre, pedir pan con su nombre. Tanto, la quise tanto que a todas las preguntas respondía con su nombre. “Siempre dice lo mismo”, dirían a mi paso y yo, tan orgulloso, tan feliz y tan loco. Me iría al otro mundo con su nombre en la boca.

Sí, la quise tanto que me parecía mentira que solo estas seis letras significaran tanto. Sólo Ella sabe cuanto llegué a quererla. Y así bajo el amor de María, fuimos trabajando juntos, luchando juntos y juntos hicimos un coro para cantarle a Ella y juntos nos hicimos costaleros para llevarla a Ella y juntos fuimos amigos y hermanos.

En esa edad feliz, donde todo es hermoso yo, que tan solo vine de visita, encontré aquí mi tierra prometida. Pero ya he dicho antes que soy introvertido, introvertido y débil, y siempre caigo ante la adversidad, ante la duda, ante la invitación de algún pecado.

Mil veces he querido ser como Tú me quieres
y sin embargo, Madre, mil veces te he fallado.

Me regalaste Madre, todo lo que Tú eres,
y yo te he abandonado.

Si, la abandoné, ya sabéis que la vida a menudo nos pone zancadillas. Ya sabéis que a veces nos juega una mala pasada, ya sabéis que a veces la vida se pone tan pesada que nos obliga a ir por donde se le antoja. Y la abandoné y la saqué de mí y me fui muy lejos y anduve otros caminos tan distantes que me olvidé de todo.

¡Y qué atrás se quedaron su sonrisa y su nombre!

Sus consejos de amiga. Y sus ojos de Estrella.

Ella Madre de Dios, yo solo un hombre
que llora cuando quiere acordarse de Ella.

Mis visitas a mis amigos de la hermandad se hicieron cada vez más intermitentes, más vacías, cada vez menos cosas que decirnos, hasta que la distancia fue ya definitiva. Y así pasaba el tiempo: ellos por un camino y yo por otro. Ellos gozando siempre del amor de María y yo escondido y sólo, atormentado y triste de haberla abandonado.

La siguiente semana Santa fue la más dolorosa de mi vida.

Noche luminosa, el viento
cantaba brisas de Marzo.

Muchas caras reflejaban
lamentos de Lunes Santo.

De repente más silencio
en el silencio. En tu palio
jubagan con las estrellas
las flores de oro bordado.

Yo quise verte de lejos
por esconder mis pecados.
Ya he dicho que he querido ser como Tú me quieres
y siempre te he fallado.
Tú descubriste mi miedo
y te paraste a mi lado.
Yo te miré de perfil
y me sentí avergonzado,
se me atragantó en el alma
la amargura de tus labios,
la agonía de tus lágrimas,
la esperanza de tus manos.
Juré seguirte perenne,
pisando sobre tus pasos.
Delante Tú, Luz Divina,
yo detrás, sombra y pecado,
pero no pude, no pude...
Te dejé marchar... y al cabo
tuve que cerrar los ojos
para aprisionar mi llanto.

Un día hace apenas un año, a esa hora triste en que el sol de las tardes de Octubre va perdiendo su fuerza, murió mi madre. Se fue tan de repente que apenas tuve tiempo a darme cuenta y lloré como nunca y necesité hombros y necesité abrazos y necesité a María.

Ven hacia mi Señora, Virgen buena,
que se ha ido mi madre,
que no siento en el pecho los latidos,
ven que no encuentro el aire,
ven que en mi corazón pasa algo raro
que mi alma no tienen quien la calme,
ven hasta mí que ya no tengo fuerzas,
que mis piernas no pueden aguantarme.
Pon tus manos en mí, Merced, María
y así podré volver a levantarme.

Al día siguiente en la Misa por el alma de mi madre, Ella estaba allí y con Ella mis amigos de la hermandad de la Merced. Amigos de la talla de Manolo Pino, de José Luis Ruf, de Pepe Fernández, de Javi, de Rafael Carlos. ¡Qué suerte tener tantos amigos y ser incapaz de nombrarlos a todos! Ellos fueron apoyo, ellos fueron abrazos y ellos fueron María. Esa amistad que me ha regresado a Ti es la que quiero resaltar. La amistad verdadera, la que no tiene límites, la que es capaz de perdonarlo todo. Para mi buen amigo es sinónimo de buen cristiano, por lo menos la idea que yo tengo de cada uno de estos conceptos es la misma: entrega. Esa entrega es la que yo recibí de ellos y estoy dispuesto a dar a quien la necesite: amigo, hermano...

Todos sabéis que cuando una persona tiene hambre hay un mecanismo fisiológico que se lo avisa y le obliga a comer. De la misma manera este mecanismo es que se encarga de avisarnos cuando tenemos sed, cuando tenemos frío, o calor o dolor o sueño, en una palabra satisfacemos nuestras necesidades físicas cuando nuestro cuerpo nos lo exige. Si

nos dice que tenemos sed bebemos, si nos dice que tenemos sueño nos obliga a dormir. Pero, ¿que hay de las otras necesidades? Todo hombre debe crecer interiormente, toda persona tiene que desarrollarse espiritualmente, pero no hay nada que nos avise, no hay en nuestro cuerpo que nos diga lo que nos hace falta, así mientras el desarrollo físico está asegurado, con nuestro cuerpo siempre alerta, el crecimiento interior siempre se queda estancado. Ya sé que, ciertamente, cuesta trabajo mirarnos hacia dentro y analizarnos y preguntarnos cosas y comprometernos a darnos una respuesta. Hace poco me contaba un amigo que, de pequeño, a menudo se quedaba extasiado mirando el horizonte. Aquella línea mágica le hacía creer que la tierra y el cielo se unían en algún sitio. Su sueño secreto era llegar allí, costara lo que costase. Encontrar aquel lugar, donde poder tocar el cielo con las manos. No deseaba otra cosa. Excitado por su deseo le pidió a su abuelo que le acompañara. Y su abuelo accedió. Y juntos se pusieron a andar y andar y recorrieron caminos, y cruzaron puentes y subieron montañas y el horizonte siempre tan lejano. Que gran desilusión cuando comprendió que ese lugar no existe. Ya de vuelta, el abuelo, viendo a mi amigo decepcionado y triste, sacó dos monedas del bolsillo y le dijo:” vete hasta aquel pobre y se las das”, y así lo hizo y se sorprendió y se llenó de algo tan hermoso que comprendió, que Dios está mucho más cerca de lo que se creía.

Hay tantas personas que piensan que el camino es largo y tortuoso... Pero vosotros, cofrades de la Merced, cofrades de Córdoba, corredores junto a María, sabéis que esto no es así, y tenéis que decirlo a todo el mundo, porque aquí es donde empieza la labor del cristiano. En ser como el abuelo, un vehículo, una mano que señale el camino. Un viaje de ida hacia Dios. Enseñadles a aquellos que no crecen más que por fuera, a aquellos a los que la pereza les prohíbe mirarse a sí mismo, que las respuestas están en Dios y que Él está tan cerca.... Tan solo una sonrisa y Dios está en tus labios. Tan solo un sentimiento de ternura, de caridad, de amor... y Dios vuela hasta tu corazón. Déjalo entrar en ti ya no harán falta más pasos. Y enseñadle también a aquellos que temen que se les note que creen en Dios, esa gente que piensa que ser honrado da mala imagen, que ya no se lleva ser humilde, que quita prestigio ser caritativo, esa gente que piensa que en estos tiempos hay que vivir sin escrúpulos, enseñadles, digo, que Dios está por encima de todos los tiempos y de todas las modas.

Yo a pesar de mi narrado distanciamiento de la Merced, siempre he querido ser un hombre bueno. Sí, tal vez sea cierto que suena un poco cursi, pero a mi me da igual y lo repito. Siempre he querido ser bueno y siempre buscaré oportunidades para serlo. Si me permitís, diré que ser bueno es una droga, sé bueno y notarás una sensación tan agradable que no habrá momento en que no quieras volver a serlo. Sé bueno y buscarás con insistencia volver a notar aquella sensación, y serás prisionero de ella. Dejad en el autobús, por ejemplo, vuestro asiento a un anciano y sentiréis algo tan hermoso que no solo recompensará tener que ir de pie, sino que además os empujará a hacerlo otra vez, y otra más.

Yo quiero ser bueno siempre, día a día, para que esta sensación sea constante, para que esté siempre dentro de mí. Y afortunadamente hay mil millones de maneras de ser bueno, mil millones de ocasiones para serlo. Ya dijo Miguel Ángel, mi buen amigo, en su pregón del año pasado que el oficio de un cristiano, el oficio de una hermandad, debe ser hacer santas las actividades cotidianas. Aunque yo lo diría de otra forma, debe ser hacer cotidianas las actividades santas. Pero sabéis, ¿Cuántos cristianos o cuántas hermandades lo procuran? La grandeza de una hermandad, también lo citó Miguel Ángel, muy acertadamente, no se mide por el crecimiento de su patrimonio artístico. ¿Por qué entonces nos empeñamos en lo contrario? Yo, lo digo lleno de orgullo, he aplaudido los giros en la calle Osario, me he emocionado en San Zoilo, me ha gustado

escuchar Amargura por una buena banda, me he extasiado en los jardines de la Merced. Yo, no lo puedo negar, admiro y amo los desfiles procesionales, pero en su justa medida, sin hacer de ellos mi única dedicación cristiana. Hay muchas hermandades, vosotros lo sabéis, cuya preocupación es casi exclusivamente el desfile y todo lo que eso conlleva: conseguir nuevos varales, nueva peana, mejores flores o la mejor banda. Y esta preocupación es tan preferente para ellas que se olvidan del otro lado del compromiso cristiano, el cotidiano, el que define, realmente la verdadera la dimensión cristiana.

El brillo de los varales
se guardará por un año

y el vestido nazareno
y la luz del candelabro,
se callarán las cornetas,
se perderán los aplausos
y se escuchará otra vez
la voz del necesitado.

El olor de los claveles
y del incienso quemado
se perderá por el aire...
no son eternos y, en cambio,
el olor de la pobreza
se quedará a nuestro lado.

Dí ¿quien se puede olvidar
que una vez que pasa Marzo
siguen jugando en las calles
niños con los pies descalzos
y siguen pasando hambre
los que siguen siendo esclavos?

Dí, ¿Quién se puede olvidar?
Dí, ¿Quién se lava las manos?

A pesar de todo, aún sin defender a ultranza los desfiles procesionales por lo que tienen de acaparador y prioritario, ha sido en uno de ellos en donde yo me he encontrado más satisfecho espiritualmente. Fue en un Rosario de la Aurora; la Virgen de la Merced se paseaba alegremente en parihuela, derramando sus gracias por las calles por donde pasaba. Un montón de feligreses íbamos detrás de Ella cantando y rezando, tan entregados que apenas notábamos el frío de la hora temprana. Al entrar en el Hospital Militar, como todos los años, los soldados se agrupaban delante de Ella para rezarle, junto a nosotros, una plegaria y una Salve, dándole gracias por ese hermoso día y rogándole que la enfermedad pasase pronto. Alguien, entonces, le dijo a don Anastasio que rezara por un soldado, inmóvil en su cama, cuya enfermedad le impedía salir al patio. Don Anastasio hizo encarar las parihuelas hacia la ventana y habló en honor de aquel soldado de una manera tan elocuente, tan sublime, creó una atmósfera tal en aquel patio, que yo, en un acceso de falsa hombría, no quise que me vieran llorar y decidí salir para ocultarme; pero antes de salir, al mirar a la Virgen, vi que sus lágrimas brillaban más y que su sonrisa, esa sonrisa de serenidad y consuelo se acentuaba mirando a aquel soldado. Yo la vi tan hermosa, tan llena de ternura que todavía hoy creo que quien había hablado en realidad había sido Ella.

Aquel momento fue capaz por si solo de engrandecer mi fe. La hizo tan fuerte, tan robusta, que seguirá viva en mí para siempre.

Hay etapas en la vida en las que por alguna circunstancia se atraviesa por un periodo de crisis espiritual. Ese amor pretendido que no llega, ese amigo que no lo era tanto, esa sensación de vacío que a veces nos invade, ese sueño que se convierte definitivamente en inalcanzable, repercute, no sé porqué en nuestra fe y hace que se tambalee. Conozco a alguien que está sufriendo una de estas crisis, su alma se está cubriendo de decepción y de sombra. Yo quiero decirle desde aquí lo que tantas veces me ha repetido la Virgen de la Merced:

Si alguna vez tu alma lamenta alguna ausencia,
si al mirar a la rosa solo ves las espinas,
si alguna vez la noche acosa tu existencia
vuélvete a Mi.

Si algo te decepciona, si lloras de impotencia,
si el cielo, antes azul, se llena de neblina,
si algo va desgastando tu fe y tus creencias,
vuélvete a Mi.

Si la vida te vuelve las espaldas, si alguna vez tu corazón se rompe con el dolor de un duro desengaño, vuélvete a Mi, yo estaré aquí por siempre, con el ansia de mis brazos abiertos esperando que llegues...

Sí, acercaos a Ella. En esos momentos duros y amargos, poned vuestras manos entre las suyas, apoyad vuestra mejilla en su seno y vuestros pesares se alejaran avergonzados ante su inmensa presencia. Ella estará siempre aquí, con su regazo dispuesto y nos ayudará como la mejor de las madres, sin pedir nada a cambio.

Pídeme lo que quieras, cualquier cosa,
yo haré que el huracán se vuelva brisa,
que en el desierto se cultiven rosas,
que el dolor sea caricia.

Pídeme que te alcance las estrellas
y el cielo escalaré para formarte
mil collares con ellas.

Y todo por tu amor, mi Virgen buena.
Tú que lo diste todo... hasta tu Hijo.
Dame risas o llanto, lo que quieras,
pero que no me falte tu cobijo.

Mi intención en este pregón, a pesar de mi corto entendimiento, era hacer conocer un poco más y mejor a María. Porque hay personas que la aman y apenas la conocen. Dicen que la aman y ni siquiera saben lo que aman. ¿Cómo se puede hablar de algo que no se conoce? Sabéis, hubo un hombre que quiso hacer una pregunta a un sabio y a un ignorante. La pregunta era si el hombre podría llegar alguna vez al planeta Marte.

El sabio, pensando en la presión, el oxígeno, cálculos atmosféricos y miles de conocimientos técnicos dijo: No.

El ignorante, que ni siquiera sabía que el hombre ya había llegado a la luna, también dijo no. Como veis la respuesta en los dos fue un no rotundo. Fue la misma respuesta, pero tan distinta!. Hay personas que dicen que sí, que aman a María, y otras que también, que también la aman, pero son tan distintas...

Hermanos, aunque aparentemente este pregón sea excesivamente íntimo, aunque parezca que es demasiado personal, debo deciros que no lo es tanto. Todos, vosotros y yo, recorreremos juntos el mismo camino, el único Camino, el del Amor, el de la Caridad, el de la Fe. Y estoy seguro de que todos habéis llorado, habéis vivido experiencias parecidas a las mías, que todos tenéis un concepto de las cosas muy parecido al mío. Que todos amáis a la Merced de una forma parecida, que todos os encontráis un poco dentro de estas cuartillas. No hablo pues solo de mí, este pregón es tan mío como vuestro. Lo que lamento es que mi pluma haya sido tan torpe:

A veces he querido ser el mejor poeta
y regalarte, Madre, con los mejores versos,
en donde cada frase contenga una caricia,
donde cada palabra tenga para ti un beso.
A veces he querido ser el mejor poeta
y decir que te quiero con el alma en la voz
y pronunciar tu nombre sin que tiemblen mis labios
y componerte, Madre la mejor oración...
pero nunca he logrado conseguir mi deseo ;
tengo que conformarte con escribirte así:
con este pregón soso, aburrido y feo
que no sabe explicarte lo que siento por Ti,
pero Tú sabes, Madre, que aunque duden mis manos
y llenen de tachones este humilde papel,
siempre serás mi dueña, mi estandarte y mi guía,
Madre y Señora mía, Virgen de la Merced.

He dicho

Septiembre 1.989

José Manuel Ruiz Cornejo